

Estructuración psíquica en psicoanálisis: hitos relevantes desde Freud hasta la teoría relacional

Trabajo Final de Grado - Modalidad: Monografía

Estudiante: María Camila Sierra Lodeiro

Docente Tutora: Prof. Agda. Rosa Zytner

Docente Revisor: Asist. Doc. Dr. Lisandro Vales

Universidad de la República - Facultad de Psicología

Montevideo – Uruguay

Febrero 2019

Índice

RESUMEN.....	3
INTRODUCCIÓN.....	4
CAP 1. ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA EN PSICOANÁLISIS: CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DESDE LA TEORÍA FREUDIANA.....	5
1.1. Tópicos freudianas.....	6
1.2. Conflicto psíquico: dualismo pulsional.....	8
1.3. Constitución psíquica.....	9
a. Desarrollo de los principios reguladores del aparato psíquico	10
b. Desde una identidad de percepción hasta una identidad de pensamiento	11
1.4. Desarrollo psicosexual.....	12
a. Fase oral.....	13
b. Fase anal.....	15
c. Fase fálica.....	16
CAP 2. AMPLIANDO EL CONCEPTO: LA IMPORTANCIA DE LAS RELACIONES OBJETALES PARA LA CONSTITUCIÓN PSÍQUICA.....	18
2.1. La experiencia humana.....	20
2.2. Imago materna en el psiquismo.....	22
a. Posición esquizo-paranoide.....	23
b. Posición depresiva.....	24
2.3. Cuidado materno, provisión ambiental y apego.....	25
a. Dependencia absoluta.....	26
b. Dependencia relativa.....	27
c. Hacia la independencia.....	28
d. Teoría de apego.....	29
CAP 3. RELACIONES QUE CONSTRUYEN SUBJETIVIDAD: CONCEPTUALIZACIÓN EN LA COMTEMPORANEIDAD DESDE LA TEORÍA RELACIONAL.....	30
3.1. Matriz de relaciones.....	31
3.2. Intersubjetividad.....	33
3.3. Desarrollo del self en relación a las experiencias interpersonales.....	35
CONCLUSIONES.....	39
REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS.....	43

Resumen

El presente Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología se expone bajo la modalidad de monografía y su objetivo principal es dar cuenta de algunos aspectos del proceso evolutivo de las conceptualizaciones de la estructuración psíquica desde la teoría psicoanalítica. Para ello se parte de una revisión bibliográfica, efectuando un recorrido desde los aportes freudianos hasta el psicoanálisis relacional, deteniéndose en algunos autores y conceptualizaciones específicas.

El trabajo se desarrolla en tres capítulos, a través de los cuales evidencia que este proceso no es lineal sino producto de diversos aportes teóricos en el transcurso de los años.

En el primer capítulo se exponen los aportes de Freud, base sobre la que se asientan las teorías posteriores. El segundo capítulo se aproxima a la teoría de las relaciones objetales a través del pensamiento de autores como Ferenczi, Klein, Winnicott y Bowlby. Y el tercer capítulo trata sobre las conceptualizaciones del psicoanálisis relacional, a través del pensamiento de Mitchell, Coderch, Benjamin y Sainz.

Finalmente las conclusiones entrelazan los planteos expuestos en los distintos capítulos a la vez que integran las reflexiones personales de la autora acerca del tema.

Palabras claves: Estructuración psíquica. Psicoanálisis freudiano. Psicoanálisis relacional.

Introducción

“...somos lo que somos en el contexto en el que nos encontramos y en el tiempo que nos toca vivir. Podemos decir que, de alguna manera, somos herederos de nuestra biología e hijos de nuestras circunstancias, y que no por ello dejamos de ser responsables de nuestra propia vida.”

(Sáinz, 2017)

El presente trabajo surge en respuesta de mi interés personal acerca del proceso de estructuración psíquica abordado desde el psicoanálisis, así como también de ciertas interrogantes en relación a la evolución de su conceptualización en el transcurso del tiempo. Dicho interés por la temática trabajada estuvo presente a lo largo de mi tránsito por la Licenciatura, manifestándose a través de los cursos realizados y profundizándose aún más con la práctica de graduación “Atención psicológica a niños y adolescentes”, llevada a cabo en una policlínica barrial.

Reflexionar acerca del proceso de estructuración psíquica implica cuestionarse al respecto de los orígenes de cada sujeto. De esta manera, entiendo como fundamental para mi labor como futura psicóloga, el poder comprender de qué manera se constituye cada individuo e indagar al respecto de cuáles son los factores que inciden significativamente en su personalidad.

Esta monografía pretende entonces ser un aporte que habilite a reflexionar, desde el psicoanálisis, sobre el proceso evolutivo transitado en las conceptualizaciones de estructuración psíquica. Son muchos los autores que han investigado y producido material al respecto, incluso escapa a los límites del presente trabajo tomarlos a todos. Es por ello que el mismo hace foco en algunos exponentes y conceptualizaciones específicas.

Partiendo desde el psicoanálisis freudiano y culminando en la corriente de pensamiento del psicoanálisis relacional, los aportes seleccionados son entendidos como hitos, puesto que su contribución es realmente significativa al momento de entender la evolución transitada en las diversas formas de concebir a los sujetos y su constitución psíquica.

Para ello se realiza una revisión bibliográfica y un recorrido conceptual en relación al proceso de estructuración psíquica desde una mirada psicoanalítica. Cabe remarcar que tanto

el modelo de las pulsiones como el modelo de las relaciones toman en cuenta el cuerpo, la biología, la cultura y el medio social para el desarrollo, la diferencia está en las diversas formas en las que se concibe la interacción de estos factores.

De esta manera, a través de algunos autores, este trabajo expresa un trayecto histórico que evidencia el pasaje de una teoría monádica de la mente (modelo pulsional clásico) hacia una teoría interactiva y relacional de la mente (modelo relacional) en donde se pueden visualizar claras diferencias en las formas de comprender el desarrollo psíquico de cualquier individuo. Sin desestimar por completo los conceptos trabajados por el modelo clásico, el psicoanálisis relacional integra las nociones intrapsíquicas e intersubjetivas.

Asimismo, se refleja que este proceso no se da de manera lineal. Si bien todos los aportes parten de las ideas de Freud, quedan acentuadas las formas en las que el campo teórico comenzó a diversificarse en función de los aportes de diferentes exponentes que no tenían por finalidad unificar sus teorizaciones. Por decirlo de alguna forma, puede verse como cada uno de ellos fue agregando su perspectiva en relación a las diversas circunstancias en las que los sujetos se desarrollan psíquicamente, dando cada vez más importancia a la relación del infante con otros.

Se arriba de esta manera a uno de los pensamientos contemporáneos que sostiene que la teoría intrapsíquica y la intersubjetiva son formas complementarias de entender la psique; no podrían considerarse la una sin la otra puesto que están en constante interacción.

CAPÍTULO 1

Estructuración psíquica en psicoanálisis: construcción del concepto desde la teoría freudiana

Para comenzar resulta necesario remontarse a los orígenes del psicoanálisis debido a que es allí donde surge por primera vez el concepto de estructuración psíquica, siendo entonces el punto de partida sobre el que se asientan los pensamientos posteriores que culminan en la corriente contemporánea del psicoanálisis relacional. A través de este primer capítulo la intención es poder visualizar el origen de esta conceptualización, así como también ir comprendiendo parte de su evolución.

El psicoanálisis clásico, creado por Freud, se caracteriza por ser una teoría dinámica que se construye, se complejiza y se enriquece a través de sus continuas reformulaciones basadas en las experiencias y estudios de su creador con sus pacientes de la época. Su obra es realmente extensa y se hace imposible tomarla de forma completa en la presente monografía, es por ello que se hará foco en los conceptos pertinentes a la temática abordada.

Una de las primeras preocupaciones de Freud, dentro del campo del psiquismo, tiene relación con el estudio de las histerias en sus pacientes. Motivado por comprender el origen y funcionamiento de tal patología surge el concepto de “aparato psíquico”. Dicho autor considera fundamental presentar ciertos procesos psíquicos regidos por partes específicas, que tengan sustento y que puedan hacer de éstos algo intuible, que ayude a su estudio y tratamiento (Freud, 1950/1986).

Es así como en sus primeros escritos, relacionados con la psicología de los procesos oníricos, Freud (1900/1984) utiliza el término de aparato psíquico para referirse a los procesos mentales e intenta establecer una serie de supuestos que rodean sus cimientos, así como también entender cuál es el juego de fuerzas que interactúan en él y de qué forma.

Para una mayor comprensión del proceso de estructuración psíquica en los orígenes del psicoanálisis resulta necesario presentar brevemente algunas de las nociones expuestas en torno al psiquismo. Es fundamental entender cuáles son las partes que lo integran y qué función cumple cada una de ellas, para así después adentrarse en los procesos bajo los cuales el mismo se constituye.

1.1. Tópicos freudianos

Freud expone su teoría utilizando el término “tópicos” en sentido metafórico, refiriendo al hecho de que no se puede comprender el funcionamiento del psiquismo si no se explica mediante lugares o instancias que funcionan “...dinámicamente por el conflicto de fuerzas psíquicas opuestas, reconociendo en ella el resultado de una lucha activa entre dos grupos psíquicos entre sí” (Laplanche y Pontalis, 1996, p.102). La mencionada distinción tópica, en palabras de Laplanche y Pontalis (1996) no explica los trastornos en sí, sino que presupone la existencia de un conflicto psíquico.

A lo largo de su obra, Freud manifiesta dos teorizaciones a través de las que expresa cuales son las partes que conforman este aparato y da cuenta de las funciones que cumplen

cada una de ellas. Dichas teorizaciones no son vistas como cuestiones totalmente distintas la una de la otra, se establecen de forma sucesiva y contienen conceptos estrechamente relacionados. Éstas son producto de sus diversas reformulaciones, dando cuenta de un primer avance conceptual.

Es importante destacar que las partes que conforman este aparato son identificadas como sistemas (inconsciente, preconsciente y consciente) en su primera teorización, e instancias (Ello, Yo y Superyo) en la segunda, que están conectados unos a otros, controlando y modulando el recorrido de la energía, transformándola desde un extremo sensorial hasta otro extremo motor. Las mismas refieren a regiones dentro del aparato y no son consideradas como lugares anatómicos específicos.

Debido a la extensión del presente trabajo, éste centrará su atención en la segunda tópica freudiana, sin desconocer la importancia de la primera. El motivo de esta decisión refiere a que Freud (1915/1984) considera a esta última como una síntesis acabada a través de la cual los fenómenos psíquicos se vuelven "...utilizables en un vasto ámbito" y además quedan por "...completo exentos de contradicción" (p. 113).

Es así como en su obra "El yo y el ello" (1923/1984) define al aparato psíquico compuesto por tres instancias: Ello, Yo y Superyo. Cada una de ellas está asociada a una modalidad específica de circulación de energía.

El Ello es definido por dicho autor como el polo pulsional de la personalidad, siendo algo innato en todos los sujetos. Afirma que sus contenidos son inconscientes y están regidos por el principio de placer. El mismo carece de organización y está conformado por altos niveles de energía; conteniendo incluso pulsiones que son contradictorias unas con otras.

Por otra parte, afirma que el Yo es quién gobierna los accesos a la motilidad, "...es el representante de lo que puede llamarse razón y prudencia..." (Freud, 1923/1984, p. 27). El mismo es el resultado de las identificaciones, se caracteriza por las sucesivas elecciones de objeto y opera en función del principio de realidad. Estas cuestiones son claves en lo que refiere al desarrollo del psiquismo, por lo que se retoma más adelante. A su vez, esta instancia tiene una relación de dependencia tanto con el Ello (relacionado con las pulsiones), como con el Superyo (relacionado con lo moral), así como también con la realidad externa del individuo. Se podría decir que el mismo termina siendo gobernado por cada una de estas instancias, siendo mediador y llevando adelante los intereses de la persona en su totalidad. De todas

formas cabe destacar que en gran medida el Yo es inconsciente, "...pone en marcha una serie de mecanismos de defensa, motivados por la percepción de un afecto displacentero..." (Laplanche y Pontalis, 1996, p.457), sin tener información concreta de lo que lo hizo actuar de esa forma.

A su vez, el Superyo es quien representa las normas morales e ideales, presentándosele al individuo como abogado del mundo interior, del ello. Freud (1923/1984) refiere a que el mismo es el verdadero heredero del complejo de Edipo, es decir, se constituye por la interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales, cuestión que también se desarrolla en profundidad más adelante por su relación con el desarrollo psíquico. Esta instancia tiene por funciones la prohibición y el ideal, pudiendo generar entre otros, conciencia moral y sentimiento inconsciente de culpa.

1.2. Conflicto psíquico: dualismo pulsional

Desde la teoría freudiana, el psiquismo también es entendido desde un punto de vista dinámico, expresando así la manera en la que éste funciona. Es fundamental destacar que los fenómenos psíquicos son tomados por Freud (1915/1984) como restos del conflicto y de fuerzas pulsionales. Y, al igual que la subdivisión anterior, en este caso las conceptualizaciones sufren ciertas modificaciones a lo largo de su teorización; fruto de los avances de dicho exponente.

Las pulsiones son consideradas en un primer momento como "...los genuinos motores de los progresos que han llevado al sistema nervioso a su actual nivel de desarrollo" (Freud, 1915/1984, p.116). Las mismas actúan siempre como una fuerza constante, siendo estímulos que provienen del interior del cuerpo.

Dicho autor establece una primera formulación de la teoría de las pulsiones a través de un dualismo entre pulsiones de autoconservación (o yoicas) y pulsiones sexuales. Las primeras están determinadas por el principio de realidad y procuran conservar la vida del sujeto. Y las segundas están determinadas por el principio de placer, en un primer momento apuntan a satisfacer el placer del órgano y solamente con el paso del tiempo entran en servicio de la reproducción.

De todas formas con el paso de los años surgen en el pensamiento de Freud ciertas reformulaciones. A través del estudio de las neurosis obsesivas y la melancolía aparecen

conceptos como ambivalencia, agresividad, sadismo y masoquismo, entre otros que promueven el tener que considerar otro tipo de pulsión y conflicto psíquico. Esto también se acentúa con sus estudios de los traumas postguerra. Es así como se hizo visible una problemática relacionada con una pulsión de muerte.

En su obra “Más allá del principio de placer”, éste revisa su teoría pulsional y sostiene un dualismo, con la diferencia de que lo clasifica en: pulsiones de vida confrontadas a pulsiones de muerte (Freud, 1920/1984). Es pertinente destacar que no se dejan de lado las pulsiones tenidas en cuenta en su primera teorización, sino que por el contrario, las mismas son incluidas en una forma aún más amplia de entender el conflicto pulsional.

Uno de los cambios relevantes es que las pulsiones son concebidas de aquí en más como principios fundamentales del funcionamiento del aparato psíquico, y no simplemente como motivaciones dentro del mismo, tal como se sostenía en la primera teoría pulsional. De aquí la importancia que las mismas tienen para el desarrollo psíquico.

Es entonces cuando Freud (1920/1984) afirma que las pulsiones de vida refieren al conjunto que crea y conserva la vida, cumpliendo una función de ligazón. Las mismas incluyen pulsiones que apuntan a la autoconservación del individuo y también las sexuales (subsume el dualismo pulsional de la primera tópica freudiana). Por otra parte, sostiene que las pulsiones de muerte son aquellas que tienden a devolver al ser vivo a un estado inorgánico. En un primer momento son dirigidas hacia el interior, tendiendo entonces a una autodestrucción y siendo su expresión más bien silenciosa. Y, en un segundo momento el organismo puede liberar esta tensión dirigiéndola hacia el exterior. Se las conoce como pulsiones agresivas, teniendo por finalidad destrucción de relaciones y objetos externos a través de la musculatura.

Habiendo visto de qué manera es entendido el psiquismo de cualquier individuo, resulta pertinente adentrarse ahora en la forma en la que estas instancias (Ello, Yo y Superyo) se constituyen; entendiendo qué papel juegan las pulsiones en el desarrollo y pudiendo identificar también a partir de qué influencias se establecen las diversas estructuras de personalidad.

1.3. Constitución psíquica

La función primordial del aparato psíquico, en palabras de Freud (1900/1984), consiste en mantener la energía interna del organismo lo más baja posible, oficiando como regulador mediante un proceso de elaboración psíquica. A modo de entender su desarrollo y

funcionamiento, dicho autor afirma que lo fundamental no son únicamente los estímulos perceptivos, por el contrario, es la interpretación que dicho aparato hace de ellos.

a. Desarrollo de los principios reguladores del aparato psíquico

Remontándonos a los orígenes de cada individuo, a diferencia de otras especies, el bebé humano llega al mundo como una persona que es incapaz de sobrevivir por su propia cuenta. Freud (1950/1986) sostiene que éste en un primer momento no existe como sujeto, sino que es considerado simplemente como un organismo que tiene una necesidad biológica: alimentarse (estímulo endógeno); y que para desarrollarse satisfactoriamente necesita de un otro que lo auxilie.

El bebé nunca sintió necesidades en su vida intrauterina debido a que el organismo de su madre lo asistía con aquello necesario para sobrevivir y es entonces a partir del nacimiento que vive una de sus primeras insatisfacciones (hambre). Al incrementarse la tensión dentro del aparato psíquico éste siente displacer, y al no saber lo que le sucede busca descargar la energía de la única forma que puede: motrizmente.

Esta originaria situación es explicada por Freud (1920/1984) mediante el principio de constancia y el principio de placer. Es a través de los mismos que el bebé logra disminuir la energía acumulada en el psiquismo; partiendo desde una situación displacentera y apuntando a una placentera. Logra que un otro externo pueda auxiliarlo gracias al llanto, pataleo, etc.

Un cambio en esta primera situación displacentera se da entonces gracias a un otro, en este caso la madre, cuando nota tal incomodidad y lo amamanta. La acción específica que satisface esa necesidad es considerada como la primera “vivencia de satisfacción” y deja una huella mnémica en el aparato psíquico. La misma tiene profundas consecuencias en el desarrollo posterior de cualquier individuo, inscribiéndose como el primer acto del psiquismo (Freud, 1950/1986, p. 363).

Esta huella mnémica es de aquí en más la encargada de orientar el deseo, es su motor. Cuando el niño vuelve a sentir una necesidad interna y se incrementa la energía dentro del aparato, éste busca resolverla rápidamente gracias al principio de placer. Es así como reanima por vía alucinatoria la huella, enlaza las representaciones e interviene en los procesos de pensamiento hasta donde le es posible para regular la energía psíquica.

De todas formas en esta búsqueda de la satisfacción alucinatoria el bebé da cuenta que no la compensa realmente, y se ve obligado a operar de una manera distinta: mediado por el

principio de realidad. Esto es producto de la falta de satisfacción, así como también de la desilusión puesto que no obtiene lo que necesita por más que lo desee.

A través del principio de realidad se visualiza un tránsito del alucinar al representar; de esta manera el infante consigue que un objeto externo del mundo real le permita obtener la satisfacción esperada. Este es un gran paso en lo que refiere al desarrollo y aunque la finalidad sigue siendo la misma (obtener placer), la diferencia está en el camino que atraviesa este aparato para alcanzarlo. Mediante este principio, influido por las pulsiones de autoconservación del yo, el infante logra posponer la satisfacción, tolerando el displacer con el que éste puede enfrentarse en su camino antes de obtener placer (Freud, 1920/1984).

b. Desde una identidad de percepción hasta una identidad de pensamiento

En relación con estos principios es que Freud (1900/1984) a través de su primera tópica reconoce dos modos de funcionamiento psíquico: proceso primario y proceso secundario. Éste afirma que cada uno de ellos tiene sus particulares características que hacen que el aparato psíquico funcione partiendo desde una imagen mnémica (identidad de percepción) y culminando en el establecimiento de una identidad perceptiva en relación con el mundo exterior (identidad de pensamiento).

Es importante destacar que en los primeros momentos de vida, el psiquismo del infante está regido por el proceso primario; siendo el mismo un modo de funcionamiento que se caracteriza por una libre circulación de energía. Se identifica con pensamientos libres, imaginativos, y móviles; en donde el pasaje de una representación a otra se da sin trabas a través de mecanismos tales como el de desplazamiento y condensación con el fin de obtener satisfacción. Está gobernado por el principio de placer.

El proceso secundario se irá constituyendo de a poco en el curso de la vida, caracterizado por cierto control energético. El mismo se va estableciendo en la medida que inhibe a los procesos primarios y se les superpone. De todas formas Freud (1900/1984) afirma que estos procesos secundarios "...quizás únicamente en la plena madurez logran someterlos a su total imperio" (p.592). Se identifica con pensamientos lógicos y con una acción más controlada; en donde el psiquismo tiende al aplazamiento de la satisfacción, hasta que aparezca una mejor oportunidad para cumplirla. Apunta a una identidad del pensamiento; siendo gobernado por el principio de realidad.

A través de estas continuas vivencias placenteras y displacenteras, el psiquismo transita desde una imagen mnémica (identidad de percepción) hacia una identidad perceptiva en relación con el mundo exterior (identidad de pensamiento), que en palabras de Freud (1900/1984), no es más que un rodeo para cumplir en definitiva el deseo.

Con el paso del tiempo y llegado el momento, para el infante resulta necesario buscar otros caminos de satisfacción que sean más acordes, es por ello que la finalidad está en poder establecer en el mundo exterior la identidad perceptiva deseada. Esta cuestión posibilita el proceso de simbolización en dónde se comienza a reconocer a un otro externo, distinto.

Las reformulaciones de Freud, en relación a la segunda tópica freudiana y la segunda teoría pulsional, que fueron vistas con anterioridad, hacen surgir también ciertos ajustes en estas concepciones expresadas al respecto del desarrollo psíquico. Dicho autor agrega a lo expuesto que entre un proceso primario con energía libre y un proceso secundario con energía ligada existen formas que son intermedias, así como también diferentes pasajes posibles de uno a otro.

Se contrapone que no es únicamente el deseo lo que moviliza al aparato psíquico, sino que hay contenidos que quedan imposibilitados de ligazón y por ende, de descarga. Existen ciertas maneras específicas de descarga que pueden llevar al individuo a generar una compulsión a la repetición, la cual es considerada como traumática. La mencionada compulsión a la repetición da cuenta de un proceso inconsciente, siendo "...lo suficientemente poderosa como para hacer caso omiso al principio de placer" (Freud en Strachey, 1920/1984, p.4).

En definitiva, Freud (1920/1984) concluye que el aparato psíquico no funciona únicamente motivado por aquello que desea, sino por el contrario, en algunos casos repite experiencias que le fueron displacenteras, convencido que las mismas se generan en tiempos actuales. Es en función de estos diferentes procesos que el psiquismo se va estructurando sucesivamente y constituyéndose.

1.4. Desarrollo psicosexual

Uno de los puntos claves para comprender el desarrollo del psiquismo en la obra de Freud se relaciona con sus estudios al respecto de la sexualidad. A partir de sus trabajos, la misma deja de ser entendida únicamente desde un punto de vista biológico, se reconoce que

está dada desde los primeros momentos de vida del infante y que tiene gran relevancia para el desarrollo del Yo adulto.

Este autor afirma que la sexualidad infantil surge a partir del movimiento pulsional que constituye al niño como un sujeto de deseo (Freud, 1905/1984). En relación a esto, Bleichmar (1978) afirma que en psicoanálisis la palabra sexual no refiere a lo genital, sino por el contrario a la búsqueda de placer. Lo sexual es "...toda búsqueda del placer que no esté al servicio de la autoconservación. Lo genital, en este caso, será una parte de esta sexualidad, pero no la única" (Bleichmar, 1978, p.4).

El psiquismo de cualquier individuo, en palabras de Freud (1905/1984), se estructura junto con un desarrollo psicosexual. Éste es reconocido como un largo proceso, caracterizado por diversas fases que conducen al infante hacia la vida sexual adulta, delimitando así sus prácticas sexuales y siendo determinantes para el proceso de estructuración psíquica, puesto que influyen significativamente en su personalidad.

El desarrollo psicosexual está marcado por sucesivas fases libidinales, entendiendo a la libido como la energía psíquica que tiende siempre a la obtención de placer dentro del aparato. En cada una de las fases atravesadas el infante busca el placer y lo que las diferencia unas de otras es la parte del cuerpo en la que éste centra su atención para alcanzarlo. Las mismas son reconocidas como fases: oral, anal y fálica.

Si bien cada una de estas fases se dan de manera sucesiva no implica que estén determinadas biológicamente, el desarrollo de las mismas dependerá de la particularidad de cada individuo ya que son producto de las relaciones específicas del infante con los objetos primarios. Es a través de las mismas que el psiquismo se constituye, mediante fantasías e identificaciones (Freud, 1905/1984).

a. Fase oral

La fase oral está dada desde el primer momento de vida del infante, Freud (1915/1984) afirma que se caracteriza por ser una fase temprana del desarrollo del yo, en donde no existe para el bebé una diferenciación con un otro externo y en donde el tener se confunde con el ser. Tal como se vio con anterioridad una de las primeras insatisfacciones que siente el bebé se da cuando tiene hambre, es entonces que la madre lo alimenta y junto con ello le brinda otro tipo de placer a través de la boca, el mismo va más allá de la conservación de la vida.

Es así como la pulsión oral nace apuntalada por la función alimenticia pero poco a poco se separa de la misma. El placer es alcanzado por el niño a través del chupeteo, además de la succión del pecho de su madre éste siente placer al chupar partes de su cuerpo, por lo que Freud (1905/1984) afirma que la pulsión sexual en esta fase es autoerótica.

La meta sexual consiste en la incorporación del objeto, siendo el modelo de lo que más adelante se conoce como identificación y es por ello que tiene un papel clave en la estructuración psíquica.

Es importante resaltar que además de saciar el hambre, quien cumple con la función materna le ofrece al infante una serie de elementos que se relacionan con "... el orden de la cultura: su amor, sus deseos, su odio, sus viejas rencillas con su propia historia, sus viejos problemas y conflictos personales y a su vez funciona como una polea de transmisión entre el niño y la cultura" (Bleichmar, 1978, p. 12). Estas cuestiones son fundamentales para su constitución psíquica debido a que el niño se despliega en aquello que su madre le ofrece, todos estos deseos forman ahora también parte del bebé (por la no discriminación) y quedan en su inconsciente guiando muchas de sus elecciones y relaciones posteriores de objeto.

En esta primera fase libidinal, Freud (1915/1984) denomina al estado del yo como "narcisismo primario". Este estado se caracteriza por una indiferenciación entre el yo y el ello, a través del cual el infante se toma a sí mismo como objeto de amor antes de elegir objetos exteriores. En consideraciones de Laplanche y Pontalis (1996) tal estado corresponde con "...la creencia del niño en la omnipotencia de sus pensamientos indiferenciado, sin escisión entre un sujeto y un mundo exterior" (p. 231).

Los deseos del infante en este primer periodo pasan por el deseo de la madre. Siguiendo los planteos de Freud, Bleichmar (1978) sostiene que "El niño ve en la cara de la madre los signos del placer que él produce y experimenta ese mismo placer no porque ese placer surja de él sino porque funciona como un objeto del deseo materno..." (p. 19). La representación del mismo que surge en relación al deseo de su madre es lo que a posterior organiza determinada posición psíquica.

El yo del infante se constituye entonces a través de una serie de identificaciones y Freud (1923/1984) afirma que los efectos de las primeras, aquellas que se producen a una edad más temprana son universales y duraderas en la personalidad. Es en la relación con un

otro donde el infante toma determinado aspecto, propiedad, atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste.

Este narcisismo primario es considerado por dicho autor como constitutivo del psiquismo, en relación a que la libido materna carga al hijo con una representación que le posibilita a éste tomarse a sí mismo como objeto de amor. Esto marca las posturas del sujeto en relación a sí mismo y con los objetos del mundo exterior.

b. Fase anal

La fase siguiente en el desarrollo psicosexual es la anal, según Freud (1905/1984) se da entre los dos y cuatro años de vida y se caracteriza por la obtención de placer mediante la zona anal a través de las funciones excretoras (micción y defecación). El yo sigue desarrollándose y dicho autor afirma que es aquí donde se presentan tendencias sexuales que son opuestas, dándose una polaridad entre lo pasivo y lo activo.

En lo que refiere al desarrollo psíquico una de las experiencias que tiene mayor relevancia en esta fase es la del control de esfínteres. Es aquí cuando el niño se enfrenta por primera vez a las amenazas del mundo exterior debido a que éste toma acciones inhibitoras en relación a sus deseos placenteros. Las heces son consideradas para el niño como objetos valiosos de las cuales le costará en principio desprenderse y es aquí donde se topa con la ambivalencia; ya que por un lado le generan placer y por el otro sus padres le prohíben retenerlas o jugar con ellas por el asco que les produce. En relación a esto y siguiendo los planteos de Freud, Bleichmar (1978) sostiene que "...esta renuncia a un placer se produce a cambio de otro el cual está constituido por el reconocimiento amoroso de la madre y la identificación con los adultos" (p. 8).

La actividad del aparato es producida por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo mediada por el control de esfínteres. La relación de objeto "...está impregnada de significaciones ligadas a la función de defecación (expulsión-retención) y al valor simbólico de las heces" (Laplanche y Pontalis, 1996, p. 145).

Es así como las diversas posturas que tomen las figuras parentales ante este control son relevantes para el desarrollo del yo. Freud (1908/1987) relaciona ciertos rasgos de carácter de la vida adulta a esta fase, como por ejemplo el cuidado protector de los objetos, la obstinación, la avaricia, el desorden, la suciedad, entre otros siendo "...continuaciones

inalteradas de las pulsiones originarias, sublimaciones de ellas, o bien formaciones reactivas contra ellas (Freud, 1908/1987, p. 158).

c. Fase fálica

La fase fálica se caracteriza por la unión de las pulsiones parciales bajo el predominio de los órganos genitales, está dada entre los tres y cinco años y es entendida por Freud (1923/1984) a través del complejo de Edipo.

Este complejo refiere a un conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta hacia sus padres, desempeñando un papel fundamental en la estructuración de la personalidad y siendo el encargado de orientar el deseo. Sus funciones fundamentales, en palabras de Laplanche y Pontalis (1996), refieren al acceso a la genitalidad, la elección del objeto de amor y la constitución del superyó y del ideal del yo.

En esta fase libidinal los niños de ambos sexos creen que existe un único órgano sexual común a todos los individuos, el genital masculino. Freud (1923/1984) sostiene que los mismos son cada vez más conscientes de su propio cuerpo, se motivan en descubrirlo y si bien notan la diferencia entre los genitales de diferente sexo, no lo relacionan con la existencia de dos órganos distintos. Este autor expresa que la principal preocupación de los niños refiere a la pérdida del pene, por lo que aparece aquí uno de los conceptos que son fundamentales: el complejo de castración, dando paso al posterior complejo de Edipo. Ambas cuestiones son fundamentales para el desarrollo del yo.

En el caso de la niña, la ausencia del pene es sentida como un daño sufrido mediante una castración que la misma intenta negar, compensar o reparar (Laplanche y Pontalis, 1996). Esto en un primer momento genera sentimientos hostiles hacia su madre, debido a que la niña supone que no le ha dado aquello que es tan apreciado (falo). Es así como la niña cambia su objeto de amor erótico hacia el padre y se introduce en el complejo de Edipo, procurando que éste pueda otorgarle la parte del cuerpo que le falta. La niña compite con su madre por el amor de su padre, su deseo es ser la única persona amada por el mismo, despertando incluso un interés sexual hacia éste (Freud, 1924/1984). De todas formas y en relación a los planteos de dicho autor, Bleichmar (1978) expresa que la constitución femenina como tal culmina más tarde, su deseo de obtener un pene se reemplaza por tener un hijo y esto restituye la identificación que la misma tiene con su madre.

Por su parte, el niño varón desarrolla en esta fase libidinal diversas fantasías sexuales hacia su madre, ya que la misma sigue siendo su objeto de amor. En este caso, siguiendo los

planteos de Freud (1924/1984), el complejo de castración expresa un temor a ser castrado, entendido como una amenaza paterna en respuesta de dichas actividades sexuales. La posible pérdida de una parte importante de su cuerpo (falo) es capaz de generar en el niño la resignación de la satisfacción sexual en los objetos parentales. Se introduce así el complejo de Edipo a través del cual la figura del padre oficia como tercero e interviene en la relación de amor entre el niño y la madre, los separa simbólicamente bajo la prohibición del incesto.

En ambos casos se reconoce al complejo de castración como una de las bases sobre las cuales se origina y se asienta el deseo sexual de cualquier ser humano. El desarrollo del yo se expresa mediante un abandono del narcisismo primario (indiferenciación del niño con su madre) y con el establecimiento de un “narcisismo secundario”. Éste último es definido por Freud (1923/1984) como un narcisismo del yo, retirado a los objetos. La libido se vuelca en un primer momento hacia los objetos del mundo exterior y a posterior afluente al yo por las identificaciones.

Si bien la estructura y los efectos de dicho complejo se dan de diferente manera en el niño y en la niña, lo relevante en ambos casos refiere al hecho de que el mismo guarda íntima relación con el complejo de Edipo, a través del cual se establecerán las identificaciones, gracias a las funciones prohibitivas y normativas; resultando fundamentales para la constitución del superyó (Laplanche y Pontalis, 1996).

Al ser abandonado el complejo de Edipo se da en el niño una identificación tanto con la madre, como con el padre y la eficacia del mismo se debe a que “...hace intervenir una instancia prohibitiva (prohibición del incesto) que cierra la puerta a la satisfacción naturalmente buscada y une de modo inseparable el deseo y la ley” (Laplanche y Pontalis, 1996, p. 65).

El superyó se constituye, desde los aportes de Freud (1923/1984), en función de la introyección en el yo de los restos de las primeras elecciones de objeto del ello, así como también de una formación reactiva frente a ellas. Se establece dentro de esta instancia un “deber ser” por identificación, pero también una prohibición que refiere al ser o actuar como ésta en determinadas situaciones (incesto). Uno de estos aspectos es conocido como conciencia moral, siendo el conjunto de prohibiciones de la cultura tales como el incesto o el parricidio; y el otro de ellos como ideal del yo, constituyendo un conjunto de ideales a través de los cuales los sujetos van en busca de amor y reconocimiento. Es así como la conciencia moral genera sentimientos de culpa que produce rechazo a aquellos sentimientos morales, oficiando como aquello que no se debe hacer. Y por otra parte, el ideal del yo es quién impulsa la

búsqueda de metas ligadas a las expectativas culturales, relacionadas con la búsqueda de amor y reconocimiento de un otro (Bleichmar, 1978).

En función de esta instancia puede verse la primera identificación del sujeto. Ésta es establecida con sus padres, siendo severa y perpetuando la prohibición del incesto. Asegura de esta manera "...al yo contra el retorno de la investidura libidinosa de objeto" (Freud, 1924/1984, p. 184).

Resumiendo lo expuesto en relación a la sexualidad infantil se puede afirmar que la misma resulta determinante, desde la teoría freudiana, para el proceso de estructuración psíquica. Press (2014) reflexiona que "La estructuración del aparato emerge a partir del movimiento pulsional, y es la sexualidad inconsciente la que va conformando fantasías sobre el cuerpo y el yo, configurando lo erógeno y las identificaciones" (p. 68).

Es así como las distintas fases libidinales atravesadas en el tránsito del desarrollo psicosexual dan cuenta de un proceso clave a través del cual se constituye el psiquismo de cualquier sujeto. Las primeras experiencias del niño son fundamentales para que éste desarrolle una dimensión subjetiva, reconociéndose a sí mismo como un individuo independiente e importante para un otro. Dicha autora también agrega que el primer vínculo entre la madre y el bebe es un encuentro que está cargado de consecuencias a desarrollarse dentro de lo pulsional. Éste hace surgir en el niño cierta vivencia psíquica de pérdida que promueve la búsqueda y reencuentro con los objetos que dejaron marcas psíquicas, siendo los que dan origen a lo inconsciente erógeno y objetal.

CAPÍTULO 2

Ampliando el concepto: la importancia de las relaciones objetales para la constitución psíquica

En la medida que la práctica del psicoanálisis fue avanzando, así como también junto con el análisis en niños pequeños, fueron surgiendo distintas nociones y varios autores psicoanalíticos desarrollaron diferentes corrientes de pensamiento. Este capítulo hará foco en una de ellas, conocida como la teoría de las relaciones objetales, debido a que en la misma se encuentran los pilares que promueven el surgimiento de la teoría del psicoanálisis relacional; cuestión relevante para la temática abordada en el presente trabajo.

Esta teoría promueve un cambio de paradigma que se relaciona con una manera de pensar al sujeto y por ende su psiquismo. La misma se contrapone a la teoría de las pulsiones desde un primer momento puesto que destaca otras motivaciones en el individuo que no se relacionan únicamente con la búsqueda de placer ya que afirma la existencia de una necesidad de relación con un otro. Es así como estos desarrollos que se dieron a partir de las concepciones freudianas toman como fundamentales en la constitución del psiquismo: el inconsciente y la importancia de un otro.

De esta manera se relativizan aquellos aspectos económicos de la teoría pulsional de Freud, haciendo énfasis en que todos los sujetos funcionan motivados por una necesidad de relación con un otro. Las pulsiones dejan de ser la fuerza primordial del funcionamiento psíquico, y pasan a ser entendidas como una de las dimensiones que intervienen en la experiencia de cada sujeto, conectadas siempre en la relación con los objetos (Mitchell, 1993). Integra así lo interno y lo externo de cada individuo, concibiendo que las relaciones interpersonales con otros tienen gran influencia en las estructuras mentales, siendo las que determinan cualquier nueva relación interpersonal que el individuo establezca a posterior. Este es uno de los cambios significativos, ya que como se vio en el capítulo anterior, el aparato psíquico se regía en función de una dinámica establecida entre las pulsiones y las defensas organizadas para evitar su descarga.

La teoría de las relaciones objetales busca demostrar que la estructuración psíquica se da en relación a la experiencia del individuo con los objetos; éstas irán constituyendo organizaciones internas que son perdurables en el tiempo. Las relaciones objetales son entendidas como elementos estructurales y dinámicos del funcionamiento psíquico. Las mismas establecen las diferentes concepciones que cada una de las personas tiene de sí misma, así como también del mundo que los rodea. Determinan la estructura, los mecanismos defensivos y el desarrollo del Yo (Mitchell, 1993). Refiere a un modo particular de relación, que desde un primer momento Laplanche y Pontalis (1996) lo entienden como "... el resultado complejo y total de una determinada organización de la personalidad, de una aprehensión más o menos fantaseada de los objetos y de unos tipos de defensa predominantes" (p. 359).

Los diferentes trabajos que surgen con el correr de los años parten entonces desde la obra freudiana y apuntan a profundizar, discutir y ampliar diferentes aspectos y conocimientos que se tenían hasta ese entonces. Sin restar importancia a otros autores de la época, este capítulo se centrará en los aportes de Ferenczi, Klein, Winnicott y Bowlby debido a que los

mismos abren camino a nuevas formas de pensar, siendo creativos e innovadores para la época en la cual se desarrollaron.

2.1. La experiencia humana

Uno de los pioneros de la teoría de las relaciones objetales es Ferenczi (1909), que en un primer momento plantea al psicoanálisis como una psicología de la personalidad. Sostiene que la misma abarca la totalidad del ser humano, incluidas sus relaciones con otros, considerando sus experiencias como centro de la psiquis dadas siempre en relación. Su obra es realmente extensa, por lo cual se toman para el presente trabajo ciertos aspectos puntuales, a modo de guía, para visualizar los caminos que fue tomando el psicoanálisis en las formas de entender la constitución y el funcionamiento del psiquismo.

Al resaltar el rol de la realidad externa y del entorno, este autor aporta ciertos elementos que son fundamentales para comprender la incidencia que tienen los efectos sociales y culturales en el desarrollo de la psiquis; reconociendo junto con los mismos la importancia de lo pulsional y la fantasía.

El desarrollo psíquico desde esta perspectiva está inscripto dentro de un ámbito interpersonal en el cual se establecen las identificaciones siendo expresado por Ferenczi (1913) a través de diferentes estados; dejando en claro desde un primer momento su contraposición con los planteos de Freud.

Este autor considera que la vida psíquica se da incluso antes de nacer, siendo el primer estado del desarrollo cuando el feto se encuentra dentro del útero de su madre. En estos momentos se rige únicamente por el placer y al no tener que hacer ningún tipo de esfuerzo para obtener gratificaciones trae consigo una impresión de omnipotencia por el simple hecho de existir.

Junto con el nacimiento del bebé se da paso a un segundo estado, que trae consigo fuentes de desagrado ya que el bebé siente en falta las satisfacciones que obtenía dentro del cuerpo de su madre. Dicho autor considera que esta situación es suplida por las personas que cuidan al niño, de manera instintiva puesto que cuando el bebé demuestra sus disgustos (por ejemplo con llanto o gritos) están allí para satisfacerlas en condiciones similares a las que se daban en la situación intrauterina. En consecuencia, el niño retorna a sus anteriores vivencias siempre que existan personas que se ocupen de él. La impresión de omnipotencia sigue

presente, lo que se ve modificado es la forma en la que se realizan sus deseos ya que debe traducirlos a modo de representaciones para que efectivamente se cumplan. Mediante pasa el tiempo el bebé es capaz de expresar necesidades que son cada vez más específicas, a través de representaciones más concretas. De todas formas no genera modificaciones por su propia cuenta en el mundo externo, sigue dependiendo de un otro como en el periodo intrauterino.

Estos dos estados son englobados por Ferenczi (1913) en un periodo al que llama de “omnipotencia alucinatoria mágica”, afirmando que el bebé “...llega a sentirse dueño de una fuerza mágica capaz de realizar efectivamente todos sus deseos mediante la sola presentación de su satisfacción” (p.4). Estos momentos son conceptualizados por el mismo como fases de introyección.

Conforme pasa el tiempo cada individuo se encuentra con un mundo exterior que frustra y gratifica, así como también con la idea de que el displacer puede provenir de cuestiones internas. Sus deseos son cada vez mayores y no se cumplirán por más que ponga en juego las representaciones que hasta el momento le funcionaban con éxito. Este autor considera que el individuo en este estado se ve forzado a diferenciar lo interno y lo externo, “...a separar los contenidos psíquicos subjetivos (sentimientos) de los contenidos objetivos (impresiones sensibles)” (Ferenczi, 1913, p. 6). Lo conceptualiza como una fase de proyección del desarrollo del Yo.

Las relaciones objetales, desde esta corriente de pensamiento, surgen en esta segunda fase. Cuando se da el contacto con el mundo exterior que lo rodea, el individuo se ve atraído por aquello que está más próximo a sus experiencias ya conocidas y esto da lugar a que se establezcan relaciones con el mundo de los objetos de manera simbólica. Siguiendo estos planteos, Tubert-Oklander (1998) entiende que las relaciones objetales son primordiales no solo por su función de ligazón sino por considerarse una defensa del individuo ante la pérdida de su propia omnipotencia.

En definitiva, el proceso de estructuración psíquica no es visto desde un punto de vista evolutivo que sea espontáneo mediante fases libidinales sucesivas, sino por el contrario a través del desarrollo del sentido de realidad. Ferenczi (1913) sostiene que éste se da a través de “...una serie de avances sucesivos de rechazo, a los que el ser humano se ve obligado por la necesidad, por la frustración que exige la adaptación” (p.9). Se establece así en función de cada experiencia intersubjetiva, por lo que cada persona experimenta, vive, aprende y se

relaciona siendo "...un self, un sujeto que interactúa dialécticamente con los objetos y se conforma a partir de dicha relación" (Tubert-Oklander, 1998, p. 6).

Ferenczi (como se cita en Tutté, 2006) le atribuye a los objetos externos un papel determinante en la estructuración psíquica, considerándolos como promotores del desarrollo de psicopatologías en la vida adulta. Dicho autor afirma que los traumas que se desarrollan en los primeros momentos de vida tienen relación con el vínculo que el infante tenga con sus padres, así como también con su entorno. Es así como se entiende que la falta de empatía, las situaciones violentas, la falta de comprensión, la falta de estímulos, situaciones de pobreza, entre otros generan marcas con las que cada individuo tendrá que vivir el resto de su vida.

Siguiendo estos aportes, se consideran las primeras experiencias con un otro (medio externo) como relevantes en la fase de proyección del desarrollo del Yo, teniendo un gran peso el soporte que el bebé tenga por parte de las personas que le brindan sus cuidados. Las experiencias subjetivas influyen en sus formas de comportamiento y relacionamientos futuros, por cual que lo externo está en constante relación con lo interno; y esto con la estructuración dando lugar a la normalidad o a la patología.

2.2. Imago materna en el psiquismo

Otros de los aportes de suma relevancia para la teoría de las relaciones objetales surge con Klein como referente, quien dedica sus trabajos y observaciones a un campo que hasta el momento no había sido indagado en profundidad: el psicoanálisis en niños. De acuerdo con Anguera y Miró (1995) uno de los aspectos fundamentales es que dicha autora integra la teoría pulsional y la objetal; observando que las relaciones que el niño establece con sus objetos están por completo influenciadas por impulsos que parten de sus fuentes libidinales.

Klein (1987) destaca la importancia de los instintos y las fantasías inconscientes para el desarrollo psíquico, integrándolos con las relaciones objetales. Sostiene que lo interno y lo externo de cada individuo están en constante interacción, influyendo de manera recíproca el uno sobre el otro. A su vez afirma que la fantasía inconsciente es la expresión mental de los instintos y existe, al igual que los mismos, desde el comienzo de la vida.

A diferencia de lo que sostenía Ferenczi, esta corriente de pensamiento afirma que las relaciones objetales están presentes desde el comienzo de la vida, teniendo cierta intensidad y formando parte de un mundo emocional que es propio de cada sujeto. Esto posibilita las

interacciones del bebé con su medio desde un principio, siendo una cuestión novedosa para este momento del psicoanálisis. Otros de los aspectos en los que pueden verse diferencias con este autor es que niega la generalidad de que por existir un medio hostil se generen perturbaciones en la personalidad.

La importancia que dicha autora asigna a la imago materna para la estructuración psíquica es uno de los elementos clave de su obra. Siguiendo sus planteos Anguera y Miró (1995) sostienen que la relación entre madre y bebé es central, puesto que vincula a éste con ansiedades y defensas primitivas.

Klein (1936) sostiene que la primera satisfacción que el niño experimenta proviene del mundo externo, al tener que ser alimentado por otro. Estos "...sentimientos y fantasías infantiles dejan sus huellas en la mente, huellas que no desaparecen sino que se almacenan, permanecen activas y ejercen una continua poderosa influencia sobre la vida emocional e intelectual..." (p. 296). A su vez, a diferencia de la teoría pulsional, da cuenta del desarrollo psíquico a través de dos posiciones: esquizo-paranoide y depresiva.

a. Posición esquizo-paranoide

Klein (1946) sostiene que la posición esquizo-paranoide se da desde el nacimiento, en la etapa precoz del desarrollo psíquico, suponiendo la existencia de un yo desorganizado. Segal (1965) expresa que dicha autora la nombra de esta forma "...ya que la ansiedad predominante es paranoide, y el estado del yo y de sus objetos se caracteriza por la escisión, que es esquizoide" (p. 30).

El bebé desde un primer momento está expuesto a la polaridad entre los instintos de vida e instintos de muerte, así como también al impacto con la realidad externa (contacto con un otro); cuestiones que le provocan ansiedades. Para poder afrontarlas, este dualismo pulsional trae consigo la dialéctica entre objetos buenos y objetos malos, generando mediante la proyección sentimientos de amor y odio en un objeto externo: el pecho de su madre. En palabras de Klein (1987) "...un desplazamiento de esta clase de peligros internos e instintivos hacia el mundo externo, capacita al niño no solo a dominar mejor su miedo a ellos, sino para prepararlo más completamente contra ellos" (p. 190). De aquí que ve a los objetos como parciales, reconociendo un "pecho bueno" y un "pecho malo".

Es a través de la escisión entre objetos buenos y malos que el bebé va ordenando sus sensaciones y emociones, pudiendo discriminar de esta forma lo bueno por una parte y lo malo por otra. De acuerdo con Segal (1965) en el caso de que no sea excesivo y conduzca a la rigidez "...es un mecanismo de defensa de gran importancia, que no sólo sienta las bases de mecanismos posteriores y menos primitivos, como la represión, sino que sigue funcionando en forma atemperada a lo largo de toda la vida" (p. 40).

Klein (1946) afirma que todos los bebés atraviesan esta etapa, con este tipo de ansiedades y sus respectivas defensas y no quiere decir que sean patológicas sino por el contrario forman parte del desarrollo normal; a través de las cuáles se asientan las bases de la personalidad.

b. Posición depresiva

Con el correr del tiempo los procesos que integran el yo del bebé son más estables y él mismo da cuenta de los objetos como totales y no parciales. Esto se da gracias a una mayor tolerancia del instinto de muerte, disminuyendo así los mecanismos tales como la escisión y la proyección; cuestión que hace que vea el objeto como total y no parcial, siendo bueno por momentos y malo por otros. Es aquí cuando el bebé reconoce a su madre, así como también al resto de las personas significativas de su entorno (Klein, 1946).

Se ve entonces un sentimiento ambivalente: Klein (1946) afirma que al considerar a la madre como objeto total, se generan sobre ésta sentimientos de amor y al mismo tiempo de odio, dependiendo de las gratificaciones o frustraciones que reciba de la misma. Es en estos momentos cuando se incrementan los procesos de introyección, en función de que "...aumenta su necesidad de poseer este objeto, de guardarlo dentro de sí y si es posible de protegerlo de su propia destructividad" (Segal, 1965, p. 73).

Es considerado como un progreso dentro del desarrollo psíquico, puesto que el bebé concibe de una manera distinta la realidad. El mismo descubre su propia realidad psíquica a través de una mayor integración del yo, percibiendo su dependencia de un objeto que es externo a él (su madre). En relación a esto, cualquier objeto puede convertirse en bueno o malo; esto dependerá de los diferentes aspectos que fueron adquiriendo las imágenes primarias, junto con las internalizaciones de objeto.

Esto permite pensar al desarrollo psíquico, desde la mirada de Klein (1987) como un proceso a través del cual cada individuo regula sus temores en el mundo externo y a su vez disminuye sus ansiedades. Ello es logrado gracias a la introyección de los objetos buenos reales, así como también por la proyección de los peligros internos a objetos reales externos.

A través de estos aportes se ve una vez más la importancia de las relaciones objetales, siendo las mismas el centro de la vida emocional y estando lo interno en constante interacción con el mundo externo. Una vez que los objetos son incorporados, forman parte del mundo emocional del sujeto y constituyen su psiquismo. Esto habilita a pensar al proceso de constitución psíquica, como un camino en donde las vías pueden ser múltiples y siempre dependerán del contacto con un otro (imagos primarias), aunque sin dejar de lado las cuestiones propias que le pertenecen a cada individuo.

2.3. Cuidado materno, provisión ambiental y apego

Por otra parte surgen dentro del psicoanálisis distintos exponentes que también dan importancia a las relaciones objetales, aunque a diferencia de los ya expuestos, éstos focalizan su atención en el ambiente, siendo crucial para la constitución y el desarrollo psíquico.

Winnicott (1980) es uno de ellos y entiende como fundamental problematizar la construcción de la psiquis apoyada sobre una provisión ambiental, dando cuenta que es imposible entender al individuo de forma aislada. Afirma que “Un bebé no puede existir solo, sino que constituye una parte esencial de una relación” (p. 143). A lo largo de su extensa obra demuestra su convicción acerca de que el desarrollo psíquico del niño está directamente relacionado con su ambiente, dando importancia a las primeras vivencias que éste tiene con sus cuidadores. Este autor describe al desarrollo emocional primitivo a través de tareas fundamentales tales como la integración del yo, el establecimiento de la psique en el cuerpo y la formación de relaciones objetales (Winnicott, 1964).

A diferencia de los planteos de Klein, este autor afirma que no existen impulsos, fantasías ni conflictos dentro de los primeros períodos de vida de los sujetos. Sostiene que un desarrollo adecuado del self depende de los cuidados maternos, siendo sus funciones primordiales: el sostén, manejo y la presentación de objetos. Los mismos resultan necesarios para que éste crezca y se convierta en un adulto sano; de no ser así tendrá impacto en diferentes aspectos de su personalidad (Bleichmar, 2001). De esta manera se vislumbra que la

madre inhibe o potencia el desarrollo del bebé según sus acciones, teniendo un gran peso en los procesos madurativos del mismo.

El desarrollo psíquico se da a través de un crecimiento emocional, siendo considerado por dicho autor como un recorrido que parte de la dependencia y apunta a la independencia psíquica. De todas formas Winnicott (1964) aclara que la independencia nunca es considerada como absoluta, porque ningún individuo vive por completo aislado, éste se relaciona con su ambiente de forma constante por lo que se los considera interdependientes. Para clarificar este desarrollo lo expone como un tránsito por tres momentos diferentes: dependencia absoluta, dependencia relativa y hacia la independencia.

a. Dependencia absoluta

El primer momento del desarrollo se caracteriza por una dependencia absoluta por parte del bebé gracias al provisionamiento físico que le brinda su madre, así como también el ambiente en el que está inmerso. Si bien desde un principio el bebé cuenta con aspectos que le son propios (heredados), el despliegue de los procesos psíquicos dependen significativamente de la provisión ambiental; quien es la encargada de potenciar o inhibir su desarrollo (Winnicott, 1963).

El comienzo de la relación objetal, desde dicha corriente de pensamiento, surge en este primer momento junto con el comienzo de la alimentación. En un principio es la madre quien juega un papel fundamental para la evolución del self del niño, construyendo un ambiente facilitador, a través de lo que Winnicott (1963) llama preocupación materna primaria. Esta preocupación refiere al período que va desde el final del embarazo hasta algunas semanas posteriores al parto, donde la madre se entrega por completo al cuidado del bebé. Se desprende así de sus intereses personales y los dirige hacia él, y esto hace que se identifique y lo conozca perfectamente, apuntando en un primer momento a satisfacer sus necesidades físicas, pero luego también a las de su yo.

Gracias a las funciones primordiales de sostén y manejo de la madre es que se desarrolla el verdadero self en el niño, supliendo una función yoica auxiliar. Esto le permite al bebé primero existir y a posterior ir reaccionando en la medida que avanza su desarrollo emocional. Deriva de aquí su confianza en un mundo amistoso, siendo capaz de lograr un crecimiento emocional muy rápido. En caso contrario, cuando las funciones de sostén y manejo

no resultaron exitosas, dicho autor sostiene que se desarrolla un funcionamiento yoico prematuro o bien una confusión. Esto provoca sentimientos de inseguridad, así como también un proceso de desarrollo demorado; cuestiones que impactarán de forma negativa en su personalidad (Winnicott, 1990).

b. Dependencia relativa

El momento de dependencia relativa se concibe como un periodo de fallas graduales de la adaptación, en donde la madre se ajusta a los progresos del niño, retomando así su interés propio y sus actividades personales. Si bien deja de estar la preocupación materna primaria, es fundamental que el infante esté acompañado por alguien que cuide de él, para que pueda aceptar aquellos acontecimientos que están más allá de lo que pueda controlar. Es imprescindible que la madre falle de forma gradual para lograr una mejor adaptación (Winnicott, 1963).

En el camino hacia la independencia psíquica, sostiene que la capacidad del niño de estar a solas dependerá de la existencia de un objeto bueno que esté presente en su propia realidad psíquica. En función de la interiorización de las relaciones, así como también de los objetos, el individuo puede sentirse satisfecho ante la ausencia temporal de los objetos y estímulos externos (Winnicott, 1951). Uno de los conceptos de gran relevancia introducido por dicho autor es el del "objeto transicional", que, siendo un objeto externo es también un objeto interno, ya que el niño le atribuye las cualidades de su propia madre. Estos objetos darán soporte a las necesidades de sentimiento de seguridad y cuidado, cuando la madre no esté presente. En relación a los objetos transicionales Anguera y Miró (1995) plantean que estas representaciones mentales del objeto son sustitutos simbólicos, que dan soporte al yo y le permiten al infante tolerar la soledad sin ansiedades.

Lo transicional según Winnicott (1951) es porque representa la transición que se da en el bebé, desde un estado en el que está fusionado con su madre (dependencia absoluta) hasta uno de relación con ella como algo separado, exterior. Es también en este momento, cuando el infante comienza a entender y utilizar el lenguaje, cuestión que resulta fundamental para que se dé una comprensión también intelectual de dichas situaciones. De todas formas, éste pasará por momentos de odio, miedo, desilusión e impotencia que son necesarios.

Es fundamental que se le brinde al bebé el espacio suficiente, pero asimismo estar allí para cuando lo necesite. A su vez, es esencial que los cuidadores promuevan espacios y objetos transicionales, a través de la presentación de objeto, y en la misma medida puedan aceptar la individualidad del niño. Eso crea ilusión y el crecimiento se da entonces en un intercambio que es continuo, entre una realidad interna y una externa; que se enriquecen de manera recíproca (Winnicott, 1963).

c. Hacia la independencia

El último momento del desarrollo psíquico “hacia la independencia” se da cuando el niño de manera gradual va enfrentando el mundo y sus complejidades, “...ya que cada vez ve más y más cosas de las que ya se hallan presentes en su propia personalidad” (Winnicott, 1963, p. 109).

En definitiva, dicho autor plantea que durante los primeros meses de vida, la díada madre-bebé es fundamental para el buen desarrollo psíquico. A su vez, afirma que debe existir una “madre suficientemente buena”, no vista como una máquina perfecta, sino por el contrario siendo capaz de identificarse con cada una de las necesidades que vayan surgiendo en el bebé y dé respuesta a las mismas. Este cuidado se brinda de manera continua, por parte de una misma persona hasta el momento en que los bebés “...encuentran satisfacción en conocer y en confiar en otras personas que sienten amor en una forma que las torna confiables y capaces de adaptarse” (Winnicott, 1990, p.116).

Por cuestiones naturales, en la medida que el bebé crece, la vida se va volviendo más compleja y los fracasos de la adaptación de la madre son a su vez, una adaptación a la aparición progresiva de la necesidad por parte del niño de reaccionar ante los enojos y las frustraciones. La aceptación a este tipo de situaciones se vuelve entonces cada vez más significativa y excitante para él, es una forma de ir creciendo progresivamente hacia la independencia.

Los aportes de este autor permiten pensar al proceso de desarrollo emocional como algo equilibrado, en donde las potencialidades del individuo se van desplegando de manera gradual. Es así como la madre desilusiona a su hijo de manera paulatina, para que éste logre establecer una relación adecuada con el objeto real; dándose un pasaje del área de la ilusión al de la relación objetal.

En correspondencia con esto, Bleichmar (2001) plantea que el niño transita desde un período primario de no integración al de una integración progresiva del self. Es así como el mismo logra independizarse, creando espacios en donde prescindir del cuidado ajeno de un otro obtenidos a través de "...la acumulación de recuerdos del cuidado recibido, la proyección de las necesidades personales y la introyección de detalles de dicho cuidado..." (Winnicott, 1963, p. 52). Éste se apoya también en las cuestiones del desarrollo intelectual, así como en el desarrollo de su confianza en el medio ambiente (Winnicott, 1963).

d. Teoría de apego

Cabe remarcar que otro autor que se adentra en la temática del desarrollo psíquico, vinculado al relacionamiento entre madre-bebé es Bowlby, quien expone la teoría del apego.

A diferencia de Winnicott, que pone el acento en el ambiente, lo novedoso de sus conceptualizaciones refiere a la importancia que Bowlby le da a los aspectos biológicos, a través de un modelo etológico, considerando la conducta de apego y de crianza como una cuestión "...enraizada biológicamente" (Bowlby, 1969, p. 100). Dichas conductas, entre otras, son las que contribuyen a la supervivencia de cualquier individuo y también son fundamentales para sus funciones vitales.

Dicho autor afirma que las necesidades del bebé en un primer momento de vida no refieren exclusivamente a necesidad físicas (hambre), sino que las mismas también se relacionan con la necesidad de relacionamiento con su madre. De aquí que surge el apego, entendido como un vínculo afectivo que posibilita la supervivencia del bebé. Es así como sostiene que los sujetos buscan el contacto por contacto y no simplemente como un medio a través del cual satisfacen otra necesidad (contrarrestando lo pulsional de la teoría freudiana).

Este primer vínculo con un otro genera sentimiento de seguridad en el niño y condiciona el desarrollo de una vida adulta autónoma. Bowlby (1986) sostiene que la figura principal de apego es la madre o cualquier persona que ejerza la función materna, esto depende del ámbito en el que éste crece y de cómo esté conformada su estructura familiar.

Las primeras experiencias vividas a través del apego con un otro, en palabras de este autor, estructuran el psiquismo debido a que las mismas constituyen modelos representacionales a través de los cuales el individuo se reconoce a sí mismo. Se concibe entonces de esta manera al ambiente como estructurador y dependiendo del tipo de trato que

tengan los padres hacia su hijo se desarrollarán diversas conductas que dejarán marcas en su personalidad (Bowlby, 1989).

El apego refiere al establecimiento de lazos emocionales íntimos, y aquellos que son desarrollados en los primeros momentos de vida tienden a persistir en la personalidad, teniendo impacto en el proceso del desarrollo psíquico. Es así como las diversas maneras en las que se fue estableciendo el apego, repercutirán en los comportamientos que el niño tenga a futuro. Éstos marcarán las formas en las que se desenvuelve fuera de su ámbito familiar, en ausencia de su madre.

A través de estas conceptualizaciones se considera que quienes cumplen las funciones materna y paterna tienen un gran involucramiento en el proceso de constitución psíquica puesto que sus formas de responder a las conductas del niño promueven el desarrollo de patrones de apego y de modelos internos. Éstos son los que le permiten al niño orientar sus emociones, pensamientos, así como también influyen en sus maneras de percibir cualquier nueva situación que se le presente (Bowlby, 1986).

Resumiendo, en función de los pensamientos expuestos tanto de Winnicott como de Bowlby se hace imposible pensar al individuo únicamente dentro del ámbito intrapsíquico, por lo que puede verse también en ellos un alejamiento de la teoría del psicoanálisis clásico. Éste es repensado y toma así un gran peso en el desarrollo psíquico el relacionamiento con un otro, más precisamente aquel con las figuras parentales.

Las fallas que puedan darse en los primeros vínculos, en su relación con el ambiente, repercutirán en la personalidad del individuo y en consecuencia afectará las diversas formas de afrontar situaciones en su vida adulta; influyendo así en la normalidad o la patología.

CAPÍTULO 3

Relaciones que construyen subjetividad: Conceptualización en la contemporaneidad desde la teoría relacional

Las conceptualizaciones presentadas en el segundo capítulo tienen gran relevancia para el desarrollo de la práctica del psicoanálisis, éstas sirvieron de motor para otras investigaciones (no se toman aquí por los límites de la extensión del presente trabajo) e impulsan de esta manera el surgimiento del psicoanálisis relacional.

Esta nueva corriente de pensamiento se expone a lo largo del capítulo, fundamentalmente a través de las contribuciones de exponentes como Mitchell, Benjamin y Coderch. Sus perspectivas expresan nuevas formas de comprender a los sujetos, así como también formulan nuevas puntualizaciones respecto a su estructuración y funcionamiento psíquico.

Es relevante destacar que, a través del psicoanálisis relacional, lo individual y lo social pasan a ser vistos como recíprocos, no funcionan independientemente uno de otro. Asimismo es necesario aclarar que al abordar el psiquismo no se abandona lo intrapsíquico, sino por el contrario, la intención es integrarlo junto a lo interpersonal. Se considera que las relaciones con otros tienen gran incidencia en el conflicto psíquico, siendo el principal motor a través de las cuales se va asentando el desarrollo (Mitchell, 1993).

Este pensamiento contemporáneo concibe que la capacidad y el deseo de relacionarse del infante con su entorno están presentes desde el nacimiento y que se van desarrollando de forma continua, teniendo repercusiones importantes en el desarrollo del psiquismo.

La teoría intersubjetiva se diferencia de una perspectiva puramente intrapsíquica, que concibe al individuo como una unidad discreta que está compuesta por una estructura compleja, dando importancia también a las "...capacidades que emergen en la interacción entre el sí-mismo y los otros" (Benjamin, 1996, p. 33). Ambas teorías, la intrapsíquica y la intersubjetiva son, en palabras de Benjamin (1996), modos complementarios de comprender la psique, puesto que la misma está en constante interacción entre diversas redes relacionales que la influyen constantemente.

3.1. Matriz de relaciones

El psicoanálisis relacional no pertenece únicamente a una escuela, se va estableciendo apoyado sobre diversas perspectivas tales como el psicoanálisis interpersonal, la psicología del self y la teoría de las relaciones objetales. Dichas corrientes de pensamiento fueron estableciendo como supuesto que somos seres fundamentalmente sociales (Benjamin, 1996).

Este pensamiento adquiere gran importancia en la década de los 80, teniendo "...muchas piezas y muchos arquitectos, así como recopiladores y creadores" (Sáinz, 2017, p. 95). No es posible abordarlas todas en este trabajo, por lo que se intenta dar una aproximación lo más completa posible para entender la formación y estructuración del psiquismo desde esta

perspectiva, así como también parte de su desarrollo. En esta teorización Mitchell es uno de los autores destacados, siendo el encargado de recopilar trabajos de diferentes autores, con sus respectivas posiciones teóricas y técnicas; y exponer así lo que se consideran en la actualidad como los pilares del psicoanálisis relacional (Sáinz, 2017).

Uno de los cambios significativos refiere a que al momento de pensar el psiquismo, se considera que "...los antagonistas de los conflictos psicodinámicos medulares son las configuraciones de las relaciones" (Mitchell, 1993, p.22). En relación con lo que se venía exponiendo en el capítulo anterior, la cultura y la sociedad no se toman simplemente como un medio a través del cual se satisfacen las necesidades, los mismos forman lazos infinitos de influencia mutua en cualquier individuo.

La organización y estructuración psíquica, desde este enfoque, se constituye a partir de los modelos que conforman estas interacciones, ya desde las primeras experiencias intrauterinas. Dichas interacciones son consideradas como un componente principal y "...la búsqueda y conservación de la relación son el principal motor motivacional de la normalidad y de la psicopatología" (Mitchell, 1993, p.198). Todas las relaciones existentes durante el ciclo vital de cualquier persona adoptan diferentes formas, siendo realmente significativas aquellas que se dan en las primeras relaciones del bebé con quienes lo cuidan. Por otra parte, para dicha estructuración también son fundamentales cuestiones propias de la persona, tal así como su temperamento, hechos y procesos corporales, respuestas fisiológicas y ciertos modelos de regulación y sensibilidad.

Las primeras experiencias, entendidas desde el psicoanálisis relacional, no tienen peso por generar estructuras que permanezcan fijas sino porque las mismas establecen una primera representación de esquemas de estructura familiar. Es decir, las mismas repercuten seriamente en las posteriores relaciones, puesto que es a través de ellas que cada individuo va creando un mundo de relaciones objetales. Estas representaciones se irán repitiendo una y otra vez, de diferentes maneras, y en diferentes fases del desarrollo. Entonces, para dar cuenta de qué manera se fue configurando la psiquis es fundamental comprender el pasado, ya que en el mismo podrán encontrarse los puntos claves para entender las reacciones presentes.

Se sostiene así que la persona adulta siempre busca interacciones en su mundo, en función de lo que le parece más seguro y deseable, es por ello que las relaciones presentes y pasadas están conectadas por una red de significados (Mitchell, 1993).

Algunos de los principales elementos de la psiquis, en palabras de Mitchell (1993), son los esquemas transaccionales, la autoorganización y el apego a los demás, cuestiones que terminan por constituir una “matriz de relaciones”. Según este autor la misma es entendida como un mundo de significados subjetivos, capaz de crear cierto orden de representaciones que son organizadas y simbólicas, en el cual cada una de las personas se identifican, y por ende es su forma de ubicarse en el mundo. La considera como

...un tapiz cuyo diseño está cuajado de figuras relacionadas entre sí. Algunas representan imágenes y metáforas en torno a las cuales gira nuestra experiencia; otras son imágenes y fantasmas de las demás personas a las que perseguimos interminablemente o de las que huimos ejecutando una compleja coreografía de movimientos, gestos y adecuaciones que se entretajan con los fragmentos de la experiencia y el reparto de personajes de nuestro primer mundo interpersonal (Mitchell, 1993, p. 311)

Esto permite pensar que por más que conscientemente los sujetos pueden seguir una misma dirección, tratando de alcanzar determinada meta, inconscientemente también existe cierta contradicción, presentándose obstáculos y limitaciones que son internas, con las que éstos batallan constantemente.

El establecimiento de esta matriz o del mundo interno de significados subjetivos, es un proceso “...interactivo en el cual las piezas de la experiencia se eligen, se reforman y se organizan en esquemas. Los estímulos del mundo exterior se rectifican incluso en la percepción más sencilla de los acontecimientos sensoriales...” (Mitchell, 1993, p. 292). Siguiendo estos planteos, cada sujeto tiene una doble tarea: la de relacionarse consigo mismo y con los demás. Es importante resaltar que estas formas de relacionarse (intrapésica e interpersonal) resultan indivisibles e interdependientes (Sáinz, 2017).

3.2. Intersubjetividad

Lo intersubjetivo toma un gran peso desde este nuevo pensamiento. Se reconoce que dicha dimensión se encuentra desde el inicio de la vida debido a que el deseo del infante de relacionarse con el mundo está presente desde su nacimiento. Existe entonces una nueva percepción del sujeto considerado como activo y social desde un primer momento. El mismo “...crece en las relaciones con otros sujetos, y a través de ellas” (Benjamin, 1996, p. 33).

Uno de los aspectos que reafirma la importancia de la intersubjetividad al momento de considerar la constitución psíquica se relaciona con los desarrollos de una corriente afín a la relacional: la teoría del vínculo. Esta corriente de pensamiento es impulsada en el Río de la Plata a través de las conceptualizaciones expuestas por Pichón Rivière. Este autor reconoce a la psicología como “social” considerando a los sujetos como una totalidad que está integrada por la mente, el cuerpo y el mundo exterior.

El psiquismo se constituye en relación con lo sociocultural, concibiéndolo así dentro del campo de la intersubjetividad, en donde sostiene que “...el dominio de la fantasía inconsciente, debe ser considerado como la interacción entre objetos internos (grupo interno), en permanente interrelación dialéctica con los objetos del mundo exterior” (Pichón Rivière, 1988, p. 42). Este autor afirma que el sujeto está inserto en una sociedad y esto implica que esté condicionado por otros sujetos que también la componen, y su psiquismo se complementa junto con el de ellos; de aquí la importancia de lo intersubjetivo.

En lo que respecta al psicoanálisis relacional encontramos por una parte a Stolorow (1997) quién afirma que este nuevo concepto intersubjetivo refuta la división entre una teoría intrapsíquica y una interpersonal, en relación a que se centra al mismo tiempo “...en el mundo de la experiencia interna del individuo y la implicación de este mundo con otros mundos en un continuo flujo de recíproca y mutua influencia” (como se cita en Coderch, 2012, p. 23)

A su vez Trevarthen (2009) afirma que la intersubjetividad representa el empeño de dos mentes para ajustarse la una a la otra. Dicho autor sostiene que es un movimiento de mutuo reconocimiento que está formado por el vínculo entre dos subjetividades diferentemente organizadas. Este proceso se reconoce cuando puede verse al otro como un self semejante al propio, pero al mismo tiempo como uno diferente (como se cita en Coderch, 2012).

Para el psicoanálisis relacional este proceso intersubjetivo tiene un papel fundamental en la constitución psíquica ya que el mismo procura alcanzar “...el desarrollo del individuo como un sí-mismo consciente de que es distinto de los otros” (Benjamin, 1996, p. 24).

El pleno desarrollo, siguiendo los planteos de Benjamin (1996), es entendido a través del equilibrio entre dos dimensiones: la intrapsíquica y la intersubjetiva. Por una parte, la dimensión intrapsíquica se caracteriza por la fantasía y la creatividad. Puede verse, por ejemplo, desde un primer momento cuando el bebé necesita negar la existencia de su madre como separada de sí, transformándola así en un objeto omnipotente construido, a través del

mismo le puede exigir, explotar y poseer sin tener en cuenta las necesidades propias de la misma. Por otra parte, está la dimensión intersubjetiva relacionada con el encuentro con la realidad externa. Esta se da, por ejemplo, en la medida que empieza a reconocer a su madre como un otro separado, teniendo sus propias necesidades, deseos y pensamientos, siendo un self similar a sí mismo pero diferente. Es aquí donde puede verse el impacto de la realidad en el propio sujeto y sus efectos, producto de sus interacciones con otros.

Para alcanzar un estado mental saludable, los exponentes de esta corriente de pensamiento sostienen que es fundamental la existencia de un equilibrio entre estas dos dimensiones, las cuales tienen que regularse constantemente en función de la particularidad de las experiencias de cada individuo. Coderch (2012) afirma que “Se trata de un estado de constante tensión entre los intentos de afirmación e independencia del propio self y, paradójicamente, la necesidad de reconocimiento del otro...” (Coderch, 2012, p. 26), esto resulta fundamental para el logro y mantenimiento de una identidad independiente.

3.3. Desarrollo del self en relación a las experiencias interpersonales

Las experiencias interpersonales, desde la perspectiva del conflicto relacional, son consideradas como esenciales para el desarrollo del self. La mente se compone, según Coderch (2012), como un conjunto de configuraciones relacionales, las cuales se fueron internalizando a lo largo de la vida de cada individuo.

Las relaciones que llegan a ser centrales dinámicamente y conflictivas para cualquier persona, en consecuencia, dependen en gran medida de la particularidad del contexto cultural y familiar en el que el individuo se encuentre; así como también de la “...constelación específica de talentos, sensibilidades y ritmos que el individuo descubre en sí mismo y dentro de ese contexto” (Mitchell, 1993, p. 79). Esto permite pensar que cada una de las relaciones que se establecen a lo largo de la vida es única, por lo que cada sujeto se verá enfrentado a tomar diversos tipos de elecciones y decisiones, pero cabe remarcar que las mismas siempre están dadas en un contexto específico, así como también en función de una compleja serie de limitaciones.

Relacionado con esto, es fundamental destacar que si bien estas decisiones y elecciones se dan encadenadas unas de las otras, muchas de las que han ido moldeando el carácter no pueden recuperarse de forma inmediata. Esto se debe a que las mismas se

establecieron en los primeros momentos de vida y las elecciones que se desencadenaron sucesivamente se interponen como recuerdos más recientes. En relación a esto Mitchell (1993) afirma que "...cada elección deja residuos que pueden ocultar otras elecciones. La voluntad está libre en todo momento, aunque libre entre el conjunto de derivados de las elecciones del pasado" (p. 302).

Es así como las dimensiones biológicas y relacionales (consigo mismo y con su entorno) de cada individuo se consideran grandes áreas que se influyen unas con otras, sin ser lineales, de forma que se modulan y se modifican entre sí. En función de esto se entiende que es imposible tomarlas de forma aislada si la intención es comprender el funcionamiento del psiquismo (Sáinz, 2017).

Otro de los factores importantes mencionados por Coderch (2012), refiere a que cualquier individuo necesita adaptarse a su entorno para poder sobrevivir, en relación a que el ser humano es un ser social por naturaleza.

Esto puede visualizarse en el pensamiento de Fairbairn (1952) (como se cita en Mitchell, 1993), puesto que éste considera al proceso de adaptación como una necesidad de contacto, siendo la misma un impulso primordial del aparato psíquico. Por otra parte, también tienen relevancia los planteos de Weiss (1986) (como se cita en Mitchell, 1993), que concibe al ser humano desde su nacimiento como un ser que intenta comprender la realidad y en consecuencia adaptarse a la misma. Se considera entonces, que los niños que reciben malos tratos, terminan pensando que realmente son malos y lo merecen. Esta cuestión promueve que en un futuro repita este tipo de experiencias, en la medida que tenga relaciones con otras personas a lo largo de su desarrollo.

Esta es una de las razones por las cuáles el individuo no se considera pasivo en su psicopatología, cuestión que se aleja de los pensamientos que se desarrollaron en el capítulo anterior. Se considera que éste tiene un papel más activo puesto que es él quien va creando sus propios esquemas en relación con un mundo de relaciones que le es conocido, en dónde se siente seguro.

No es la carencia en las primeras relaciones lo que causa directamente la patología, sino que en palabras de Mitchell (1993) se relaciona con una falla ambiental y con el uso que tanto el niño, como el adulto le dan a los primeros recuerdos, experiencias y fantasías. Dicho autor sostiene que el repetir estos esquemas de relacionamiento, con personas que a posterior

les resulten significantes, es lo que despierta en el individuo sentimientos de contacto, seguridad y familiaridad; a pesar de que puedan ser nocivos para su psiquismo.

Un narcisismo sano, a entender de Mitchell (1993), necesita de una relación especial con la madre; en la que el sujeto pueda experimentar cómodamente tanto las ilusiones e idealizaciones, como también los desencantos y las limitaciones realistas. Es fundamental que se le ofrezca al niño una presencia emocional que sea realmente completa y combinada, para que éste pueda aprender distintas formas de relacionarse. Esto es realmente significativo puesto que representará las bases de todas sus futuras relaciones interpersonales.

Dicho autor expresa que lo importante está en la mutua influencia que ha de existir entre la realidad y la ilusión en las primeras relaciones con personas significantes, siendo consideradas como formadoras del carácter.

Por su parte, Coderch (2012) agrega que si los cuidadores no cumplen de manera adecuada dicha función, dificultan la creación de un self estable. Esto obstaculiza el establecimiento de esquemas relacionales que cumplan una función autorreguladora, cuestión que provoca dificultades en el sujeto al momento de afrontar diversas situaciones que se den en su vida.

Cuando se hace referencia a que la patología en el desarrollo psíquico tiene que ver con el uso que el individuo le da a los primeros recuerdos, experiencias y fantasías, Mitchell (1993) sostiene que son ellos mismos quienes activan esquemas relacionales inadecuados, que traen consigo experiencias penosas a las que éste se aferra, surgiendo en algunos casos conductas sintomáticas. Esta "...repetición compulsiva de la experiencia primaria y dolorosa parece reflejar el desapego de ciertas formas de relación y el apego a determinado tipo de personas" (Mitchell, 1993, p. 190). Dicho autor afirma que lo patológico tiene un apego secreto, relacionado con fantasías con personas significantes, que en gran medida resultan inconscientes; aunque son el motor del psiquismo.

Dentro del psicoanálisis, los pensamientos expresados a lo largo de este capítulo permiten pensar que las configuraciones relacionales se van instaurando a partir de la particularidad de la dinámica familiar, a temprana edad y que las mismas tienen influencia directa en los futuros lazos que establezca el individuo. La función de estas configuraciones refiere a conservar los vínculos familiares que resultaron significativos y que se irán desplegando en la medida que avance su desarrollo.

De todas formas cabe aclarar que esto no implica precisamente que éstas sean estructuras totalmente rígidas, como se ha mencionado en el correr del capítulo, pero si refiere a que es un otro quién ayuda a organizar la experiencia de cada individuo desde el comienzo de la vida.

Desde esta corriente de pensamiento se sostiene que el niño organiza así su experiencia a través de la de su madre, éste se encuentra en los ojos y en las palabras de la misma y es así como se constituye. En definitiva es a través de la relación con un otro que cada individuo va corroborando su propia existencia. Se reconocen entonces, desde la perspectiva relacional, tres dimensiones básicas de estas configuraciones relacionales: el “self”, el “otro” y el “espacio existente entre ambos”. Las mismas están en constante interacción y no pueden existir, ni ser entendidas la una sin la otra.

Es imposible reconocer la existencia de un “self” en aislamiento, es decir, depende de un otro y para esto es fundamental que exista un lugar físico en el cual puedan interactuar. Se va integrando entonces una matriz de relaciones, en donde las interacciones que se dan entre estos tres componentes son las que sutilmente forman la experiencia subjetiva de cada persona, y en consecuencia van estableciendo su mundo psicológico (Mitchell, 1993).

En definitiva el proceso de constitución psíquica abordado desde una teoría relacional depende de la interacción entre la carga genética de cada individuo y de los contextos en los que el mismo ha vivido. Se reconoce que el contexto social y cultural que rodea a cada sujeto “...modula y pone en marcha, de diferentes maneras, las potencialidades genéticas” (Coderch, 2012, p. 21).

La psicología del individuo no puede ser entendida como individual, sino como producto de los diversos contextos en los que ha vivido: familiares, sociales, culturales, etc. Las diferentes maneras de vivir las situaciones que se presenten dependerán siempre de las circunstancias en las que este individuo haya vivido, teniendo en cuenta los aspectos sociales y culturales en los que está inmerso. También son relevantes sus experiencias y aprendizajes ya que los mismos han establecido esquemas mentales a través de los cuales vive su vida. La mente es entonces definida como diádica, en relación a que se construye recíprocamente en relación con otros.

Conclusiones

En primer lugar es fundamental aclarar que el presente trabajo aborda únicamente algunos de los aspectos del proceso evolutivo en la conceptualización de “estructuración psíquica”, desde una perspectiva psicoanalítica, debido a que un desarrollo mayor supera los límites del mismo. Es por esto que se tomó posicionamiento y elección por determinados autores pertinentes. Se hicieron recortes abordándose el concepto desde las contribuciones de tres corrientes de pensamiento fundamentales en esta temática: teoría freudiana, teoría de las relaciones objetales y teoría del psicoanálisis relacional.

Al comienzo de este trabajo fueron surgiendo interrogantes tales como: ¿por qué es importante referirse al tema de estructuración psíquica?; ¿los conceptos que surgieron en el inicio del psicoanálisis tienen vigencia en nuestros días?; ¿de qué manera se concibe el desarrollo y cómo se estructura el mismo? La intención no es dar respuesta a estas preguntas concretamente, sino que es a partir de dichas inquietudes que se realiza la lectura pertinente para la elaboración del presente Trabajo Final de Grado y en consecuencia se elaboran las siguientes conclusiones.

A través de este recorrido bibliográfico se evidencia que el campo psicoanalítico ha sufrido variaciones con el correr del tiempo. En función de los planteos expuestos se observa que los conceptos que giran en torno a la estructuración y desarrollo psíquico han variado y evolucionado. Esta evolución no implica que los conceptos clásicos de la teoría freudiana se desestimen por completo; en la actualidad puede decirse que algunos aún siguen vigentes y otros sufrieron modificaciones.

También se reconoce que esta evolución no ha sido lineal ni calma; las modificaciones y ajustes dados dentro del psicoanálisis se sustentan en fundamentos y postulados específicos, presentando entre ellos diferencias y dependiendo siempre de las particularidades de cada corriente de pensamiento y autor mencionado. Es así como cada nuevo pensamiento se sostiene mediante la articulación entre la teoría y la práctica psicoanalítica de cada momento.

El reflexionar en relación a la constitución psíquica implica para cada uno de estos exponentes indagar en las primeras experiencias de los sujetos e ir viendo de esta manera la forma en la que constituyeron sus subjetividades.

Uno de los puntos en común a todos estos autores refiere a la importancia que los mismos le dan a la constitución psíquica para comprender así las patologías del mundo adulto,

las conductas y elecciones del sujeto constituido como tal.

Desde un primer momento, junto con los aportes de Freud, el psicoanálisis se muestra como una teoría dinámica que se construye y se enriquece gracias a diversas reformulaciones que se basan en amplios estudios. Se la considera como una ciencia revolucionaria que se reformula en la medida que lo cree pertinente, adaptándose a sus nuevos descubrimientos, en donde sin negar los conceptos establecidos, la misma es revisada de modo continuo para irse perfeccionando.

En los orígenes del psicoanálisis el psiquismo es entendido a través de la teoría de las pulsiones, la cual define al ser humano como un conjunto de tensiones, representadas por deseos sexuales y agresivos que buscan expresarse. Freud afirma que la mente es fundamentalmente monádica y que funciona gracias a una fuerza constante que proviene del interior del cuerpo. Esta fuerza es reconocida a través de pulsiones, que son concebidas como los principios fundamentales del funcionamiento del aparato. Es así como sostiene que el desarrollo psíquico emerge a partir dicho movimiento pulsional, mediante presiones que son internas y bajo las cuales se estructura de forma evolutiva el psiquismo. Éste reconoce a la sexualidad inconsciente como aquella que conforma las fantasías sobre el cuerpo y el yo, configura así lo erógeno y las identificaciones.

A partir de los estudios y prácticas del psicoanálisis en los años siguientes surge la necesidad de abarcar otras problemáticas y poder adentrarse en dificultades más complejas encontradas dentro de la clínica. Si nos remitimos a tiempos contemporáneos se observa que los postulados del psicoanálisis clásico no resultan suficientes, por lo cual esta teoría intrapsíquica es complementada por una teoría intersubjetiva.

Desde el psicoanálisis relacional se entiende de una manera distinta tanto el funcionamiento como el desarrollo del psiquismo. A diferencia de lo postulado por Freud, la mente es considerada principalmente como diádica e interactiva. Si bien lo intrapsíquico sigue teniendo un peso relevante no es lo único que constituye al sujeto como tal, las relaciones con el medio y lo social pasan a tener un peso relevante.

Los exponentes de esta corriente de pensamiento consideran que las relaciones del individuo con el medio tienen gran influencia en el conflicto psíquico, las mismas son el motor a través del cual se asienta el desarrollo. Al integrar una teoría intrapsíquica junto con una intersubjetiva el foco para entender la constitución psíquica está en la experiencia interna de

cada individuo, así como también en el relacionamiento con el medio externo.

Cabe remarcar que en el tránsito de una teoría pulsional a una relacional existen desarrollos teóricos intermedios necesarios para que esta última se haya afirmado como tal. Este cambio no fue brusco sino progresivo, en relación a los nuevos descubrimientos y exigencias dadas en el quehacer psicológico.

La teoría freudiana se reinterpreta de diversas formas a través del tiempo, surgiendo así diversas ramificaciones dentro del psicoanálisis. Dentro de éstas el presente trabajo considera como fundamental el desarrollo de los exponentes agrupados bajo la teoría de las relaciones objetales debido a que los mismos son impulsores del modelo relacional; dando cada vez más importancia a la relación con un otro en la formación del psiquismo.

Para la autora de este trabajo los aportes de Ferenczi, Klein, Winnicott y Bowlby son considerados como creativos e innovadores en la temática estudiada: los mismos resaltan como fundamentales en la constitución psíquica el inconsciente y la importancia de un otro. Puede decirse que existe aquí un cambio de paradigma que se relaciona con una manera de pensar a los sujetos, dando importancia también a su realidad externa.

Si bien estos exponentes apuntan a caminos distintos y sus teorías no se unifican tienen grandes puntos en común que hacen surgir otra visión dentro del psicoanálisis, apartada a la de Freud, al momento de concebir a los sujetos desde sus primeros momentos de vida.

Es a partir de los aportes de Ferenczi que puede verse cómo las experiencias con un otro empiezan a considerarse como el centro de la psiquis. Dicho autor es uno de los precursores del modelo de las relaciones objetales y rescata la importancia de la realidad externa para la constitución de la realidad psíquica del individuo. Éste afirma que el desarrollo psíquico se da en un ámbito interpersonal, dejando de lado un desarrollo que Freud consideraba como evolutivo a través de las fases libidinales. Sostiene que los sujetos se desarrollan gracias a la adaptación, relacionada con un “sentido de realidad” exigida por la frustración del medio.

Por su parte Klein subraya la importancia de los instintos y las fantasías inconscientes para el desarrollo psíquico integrándolos con las relaciones objetales. Estas últimas son consideradas como el centro de la vida emocional y están en constante interacción con el mundo externo. Es así como integra la teoría pulsional con la objetal, a través de la cual sostiene que lo interno y lo externo están en constante interacción, influyéndose de manera

recíproca el uno sobre el otro.

Otros de los aspectos importantes en este camino refieren a los aportes que expresan tanto Winnicott como Bowlby, relacionados con la función que cumple el medio externo para el desarrollo de la psiquis. Winnicott a través de sus formulaciones da importancia a un otro como estructurante y necesario en el desarrollo psíquico. La estructuración psíquica en su obra está directamente relacionada con el ambiente, siendo éste quien inhibe o potencia el desarrollo de cualquier sujeto. Dicho autor sostiene que para el desarrollo psíquico son fundamentales espacios y objetos transicionales, en donde la ilusión y el crecimiento se dan en un intercambio continuo entre una realidad interna y una externa, que se enriquecen recíprocamente. Por su parte Bowlby con su teoría de apego da importancia a la necesidad humana de establecer vínculos con otros. En el desarrollo psíquico el otro es alguien fundamental, puesto que es quien garantiza la supervivencia y constituye modelos representacionales a través de los cuales el individuo se reconoce a sí mismo.

En función de estos aportes se establece el supuesto generalizado de que el ser humano es un ser fundamentalmente social, y por ello se arriba a la conclusión de que es imposible entender su constitución únicamente desde lo intrapsíquico.

De aquí que el psicoanálisis relacional sostiene que la cultura y la sociedad no son un medio a través del cual se satisfacen necesidades (sostenido por la teoría de las pulsiones) sino que éstos forman lazos infinitos de influencia mutua en cualquier individuo. La psiquis es entendida desde esta corriente de pensamiento como una matriz de relaciones, siendo un mundo de significados subjetivos en el cual cada una de las personas se identifica.

El desarrollo psíquico no se puede entender entonces desde lo individual únicamente, sino también como producto de los diversos contextos en los que vive el sujeto (familiares, sociales, culturales, entre otras) los cuales crean esquemas mentales. Si bien las primeras experiencias siguen teniendo un gran peso en el proceso de constitución psíquica, esto es debido a que son entendidas como una primera representación de estructura familiar a través de las cuales el individuo crea un mundo de relaciones objetales.

La evolución transitada dentro de la teoría psicoanalítica con el correr de los años permite pensar a la práctica como un constructo social, que ha de ser revisado, repensado y cuestionado constantemente debido a que su estudio siempre resulta siendo inacabado. Y si bien el psicoanálisis relacional es una de las corrientes de pensamiento que tiene gran peso en

nuestros días, surgen constantemente estudios y reformulaciones que amplían sus conceptualizaciones.

Entiendo en lo personal esta cuestión como desafiante en lo que respecta a mi futura profesión como psicóloga, ya que advierte de cierta manera que no hay verdades absolutas y que la teoría se construye día a día, exigiendo así una constante formación y actualización en cualquiera de los ámbitos en los que uno elige desarrollarse como profesional.

Referencias bibliográficas

- Anguera, B. y Miró, M. (1995). El modelo psicoanalítico de las relaciones de objeto y su evolución. *Anuario de Psicología*. Volumen (nº 69), pp. 31-39.
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, N. y otros (2001). *Las perspectivas del psicoanálisis*. México D.F: Paidós.
- Bleichmar, S. (1978). *La constitución psicosexual en la infancia*. México D.F: Ediciones con fines didácticos de la Subsecretaría de Educación y Cultura de la Nación. Recuperado de: <https://es.scribd.com/doc/253709989/La-Constitucion-Psicosexual-en-La-Infancia>
- Bowlby, J. (1986). *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*. Madrid: Morata
- Bowlby, J. (1989). *Una base segura: aplicaciones clínicas de la teoría del apego*. Buenos Aires: Paidós.
- Coderch, J. (1990). *Teoría y técnica de la psicoterapia psicoanalítica*. Barcelona: Herder.
- Coderch, J. (2012). *Realidad, interacción y cambio psíquico: la práctica de la psicoterapia relacional II*. Madrid: Ágora Relacional.
- Ferenczi, S. (1909). Transferencia e introyección, en *Obras Completas de Sandor Ferenczi*. Bibliotecas del psicoanálisis, Recuperado de: <http://www.psicoanalisis.org/ferenczi/07.doc>
- Ferenczi, S. (1913). El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios, en *Obras Completas de Sandor Ferenczi*. Bibliotecas del psicoanálisis, Recuperado de: <http://www.psicoanalisis.org/ferenczi/33.doc>
- Freud, S (1986). Proyecto de psicología. En S. Freud. *Obras Completas*. (2ª. ed.). (Vol. I, pp. 323-441). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1950)

- Freud, S (1984). Sobre la psicología de los procesos oníricos. En S. Freud. *Obras Completas*. (2ª. ed.). (Vol. V, pp. 501-611). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S (1987). Carácter y erotismo anal. En S. Freud. *Obras Completas*. (2ª. ed.). (Vol. IX, pp. 149-183). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908)
- Freud, S (1984). Pulsiones y destinos de pulsión. En S. Freud. *Obras Completas*. (2ª. ed.). (Vol. XIV, pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S (1984). La represión. En S. Freud. *Obras Completas*. (2ª. ed.). (Vol. XIV, pp. 135-152). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S (1984). Tres ensayos de teoría sexual. En S. Freud. *Obras Completas*. (2ª. ed.). (Vol. XVI, pp. 109-223). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905)
- Freud, S (1984). Más allá del principio de placer. En S. Freud. *Obras Completas*. (2ª. ed.). (Vol. XVIII, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920)
- Freud, S (1984). El yo y el ello. En S. Freud. *Obras Completas*. (2ª. ed.). (Vol. XIX, pp. 1-63). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923)
- Freud, S (1984). El sepultamiento del complejo de Edipo. En S. Freud. *Obras Completas*. (2ª. ed.). (Vol. XIX, pp. 177-189). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924)
- Freud, S (1986). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En S. Freud. *Obras Completas*. (2ª. ed.). (Vol. XXII, pp. 1-146). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933)
- Genovés, A. (2012). Ferenczi y la importancia del objeto. *Temas de psicoanálisis*. Volumen (nº 3), pp. 1-11. Recuperado de: <http://www.temasdepsicoanalisis.org/2012/01/11/ferenczi-y-la-importancia-del-objeto/>
- Klein, M. (1936). El destete. En *Obras Completas Melanie Klein*. Tomo 1. Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1946). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Obras Completas Melanie Klein*. Tomo 3. Buenos Aires: Paidós.

- Klein, M. (1987). El psicoanálisis de niños. En *Obras Completas Melanie Klein*. Tomo 2. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Mitchell, S. (1993). *Conceptos relacionales en el psicoanálisis: Una integración*. México D.F: Siglo XXI editores.
- Pichón Rivière, E. (1988). *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Press, S. (2014). La sexualidad en la constitución del sujeto psíquico y sus fracasos. *Revista Uruguay de Psicoanálisis*. Volumen (n° 118), pp. 62-82. Recuperado de: <http://www.apuruquay.org/apurevista/2010/16887247201411806.pdf>
- Sáinz, F. (2017). *Winnicott y la perspectiva relacional en el psicoanálisis*. Barcelona: Herder.
- Segal, H. (1965). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Tubert-Oklander, J. (1998). Sandor Ferenczi y el nacimiento de la teoría de las relaciones objetales. En Congreso Internacional Ferenczi y el Psicoanálisis Contemporáneo. Mesa Redonda sobre la influencia de Ferenczi en el psicoanálisis contemporáneo. Asociación Psicoanalítica de Madrid y Sandor Ferenczi Society, Madrid.
- Tutté, J. (2006). El concepto del trauma psíquico: un puente en la interdisciplina. *Revista de psicoanálisis*, Volumen (n° 23), pp. 1-18. Recuperado de: <http://www.alsf-chile.org/Indepsi/Articulos/Trauma-Abuso/El-Concepto-de-Trauma-Psiquico-Un-Puente-en-la-Interdisciplina.pdf>
- Winnicott, D. (1951). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En *Realidad y juego* (pp. 17-47). Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1963). De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo. En *El proceso de maduración en el niño* (pp. 99-111). Barcelona: Laia.
- Winnicott, D. (1964). El recién nacido y su madre. En *El proceso de maduración en el niño* (pp. 55-73). Barcelona: Laia.
- Winnicott, D. (1980). *El niño y el mundo externo*. (pp. 140 – 146). Buenos Aires: Hormé

Winnicott, D. (1990). *Los bebés y sus madres*. México D.F: Paidós.